Leyenda

Pietro y Luigi y Carlo Felice antes
nunca volvieron a Italia
El mar era infinito y su tierra estrecha
Luigi no tuvo tierra para nacer
pero lo arrastró la marea
Las naves amarraron para siempre
en un apartado puerto del Pacífico
donde reinan gallinazos y pelícanos
El mecánico textil no llegó a reír con sus nietos
los miraba vagamente desde el retrato colgado
en la sala de la abuela
Las partituras del músico callan
en cajas que ninguno abre
y ocultan la fiebre de sus insomnios
El marino dejó perder sus relatos de mar
nadie sabe ya de su cuaderno de bitácora
ni de la piel nocturna de sus versos

Terminó allí la travesía
de los que venían de paso
en un país que dobla la curva del planeta
a babor de todos los sueños conocidos
arrimado a las corrientes heladas del sur
que rompen su canto en interminables orillas
Mal lugar para quedarse sin mar
donde el aire huele a sal
y el oleaje pudre hasta las camas

Carlo Felice amaba aquel imán azul
y a una riojana nacida al borde del Ebro

que lo siguió por mares remotos
y rutas de espesa sombra
Era su embarcación de tres palos
y llevaba el nombre de la amada del Petrarca
No sabía andar por tierra firme mucho tiempo
y fue condenado a descansar en ella
a desplegar enmohecidas cartas de marear
sobre tableros inmóviles
para decidir el rumbo de su melancolía
Odiseo desolado en la ribera
miraba un horizonte que no muere en el puerto de Génova
sus velas para el viento huecas

Luigi aprendió a gobernar el timón
y a liberar en su clarinete
la melodía del aire y de las aguas
El niño era del mar y de su recóndito sonido
y el velero la jaula de su libertad
Cobijado por la seca sombra de la arboladura
amontonaba deseos en cubierta
como la carga que rebosaba en las bodegas
Nunca esperó que sucumbieran como aquélla
ni imaginó cómo mudarlos a tierra
El aroma pesado de alta mar le empapó la memoria
y lo siguió cuando la vida se le volvió un solo puerto

Antes de sumergirse en el denso olvido
el capitán orientó el navío del hijo
poniendo proa hacia las islas de Euterpe
fijo el botalón en la rajadura de la noche
y anotó en el diario de navegación
las solitarias maniobras de su última jornada
    gavias y mayores henchidas
    seguros las escotas y los amantes
    puesto en derrota el casco de sus días
Luego pudo soñar los escollos de Nervi
y dejar la vida en manos de su Elvira

El hijo del marino creció en el puerto
con los poros taponados de humedad
y padeciendo el llamado persistente de la resaca

Agotaba en la dársena sus horas de nostalgia
escuchando las sirenas de los barcos
También oía las canciones de su madre
y las que le recordaban el aire triste del padre
La música era el más misterioso de los viajes
un océano sin puertos
una nave enloquecida subiendo y bajando los trópicos
La música era como el mar
cadenciosa y bravía
y exigía hasta el espacio de los sueños
Por eso le entregó los días y las noches
la furia y la calma
interpretó acompañó dirigió compuso
tuvo éxitos y deseos entre bambalinas
y le quedó el hábito de dibujar las naves de su infancia

Pietro venía de una gran ciudad entre montañas
pero sabía que el mar es una distancia poderosa
y le confió el encargo de diluir sus pisadas
y la estatura que las hundía en los caminos
Huía de los amores impuestos
y del recio cinturón de las costumbres
En ese puerto amó y tuvo siete hijos
a los que un día llevaría al pie de la nieve de los Alpes
pero disfrutaba sin prisas la holgura de su tiempo
Abría el pan de punta con la hoja de la navaja
y lo untaba parsimoniosamente con aceite y ajo
Se entregaba a la ancha alegría de los amigos
a veces maldecía
y pronunciaba siempre mal las lisuras
Viejo anticlerical en joven envoltura
escanciaba el vino en la pulpería
con su paisano el cura de la parroquia
Pero sus años lentos se deslizaron al vacío
Algunos viajes acaban de manera inesperada
en unos se extravía la ruta
en otros el protagonista desaparece

Los hijos entregaron las enseñas
y se apartaron de los muelles
Hablaban dos idiomas sin conocer Italia

celebraban el ritual de los almuerzos
con la procesión de la pasta amasada en casa
y discutían en prolongadas sobremesas
los sucesos del lugar que los había adoptado
con el aroma del café envolviendo sus carcajadas
El sueño del retorno no les pertenecía
De los viejos sólo unos cuantos objetos
hemos heredado
el retrato del mecánico
la vitrola y los discos del músico
la regla para trazar paralelas
que manipuló el marino
Son los restos de un tiempo sin regresos
pero más claro y apacible
Son sus rastros en este país de hoy
donde no se habrían resignado

Ana María Gazzolo